

Religión

LA PRIMERA INTERNACIONAL DEL AMOR

RIO DE JANEIRO. Maravilloso balcón florido por el que IBEROAMERICA palpitante de vida joven se asoma al océano para sonreír a la Madre Europa, que rebrota en tierras nuevas. Las olas inquietas comenzaron a desgranar en sus playas estrofas de la balada de las "mil carabelas de la catolicidad" que rompieron ya a navegar hacia allí.

Y de nuevo se repetirá en RIO la mañana de Pentecostés. Ya zarparon las carabelas, y la estrella de RIO brilla sobre todos los cielos invitando al peregrinar santo.

En RIO se anudan gozosamente hoy los viejos y sagrados vínculos de la "Comunión cristiana", la "venerable KOINONIA" de los Padres griegos. Y hoy también el lazo de unión es la EUCARISTIA. No han perdido actualidad las palabras del intrépido San Cipriano para quien la Eucaristía es lo que une a la multitud, y ella es símbolo de la unión de los hermanos entre sí:

"Cuando el Señor llama a su Cuerpo pan hecho por muchos granos de trigo, significa que todo el pueblo cristiano que El lleva en Si debe estar unido. Y cuando llama vino a su sangre, vino exprimido de muchos racimos y que no forma sino un líquido significa el rebaño que formamos, que no es uno sino por la unión de la multitud". (PL. 11, 1.142).

En 1848 el judío alemán Karl Marx arrojó al mundo su MANIFIESTO COMUNISTA que acaba con el histórico grito de lucha: "PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES; UNIOS". Este grito desencadenó la violenta torrentera que en un zigzag salvaje recogió las terribles energías del pueblo explotado. Y engendró las Internacionales obre-

ras. Las amasó el odio, y una ansia desesperada de justicia social. Pero hoy RIO DE JANEIRO nos recuerda que 18 siglos antes que el marxismo fuera una realidad hubo hombres, millones de hombres, que vivieron más plenamente que el "hombre marxista" la fraternidad universal, la primera internacional, pero no de odio, sino de amor. Y aquel frente único de amor no se ha desintegrado, sino se ha robustecido. La Internacional marxista es ya un caserón decrepito con muchas goteras, y ¡a los cien años! Y la Internacional cristiana es tan joven como hace 19 siglos. . .

Era el cristianismo una nueva fuerza universalista con inmensa potencia expansiva. Sus células silenciosas y activas trabajan los incommovibles sillares de aquel imperio de hierro. No era el cristianismo un rito exótico, pronto a romanizarse en cualquier suburbio transtiberino. Roma que gozaba entonces de un voraz apetito de religiones extrañas, no pudo engullir aquella "nueva secta judía", que amenazaba conquistarse sus mejores fuerzas. Rudo era el combate entre la Roma imperial y la nueva religión. Esta se encuentra en frente de un pueblo que cree ciegamente en su procedencia de sangre divina. Toda Roma era un altar en que se adoraba a sí misma. Toda la vida política, toda la vida familiar y social estaba impregnada de piedad nacionalista. Sus emperadores eran dioses, sus antepasados eran divinizados —los penates—, sus virtudes, el valor, la astucia, la fidelidad, hasta sus defectos y pasiones recibían honores divinos. Los mismos dioses extranjeros quedaban pronto nacionalizados. "Cada ciudad tiene sus dioses, decía el apologista Minucio Félix, pero Roma los tiene todos".

Luciano de Samosata, el Voltaire del siglo segundo, para caricaturizar a los cristianos los encarna en la figura despreciable y grotesca de un filosofastro llamado Peregrino. Sin quererlo él nos da un cliché negativo interesantísimo de la vida de los primeros cristianos, y sobre todo de su eficacia y hermandad.

Dice así, describiendo la muerte de Peregrino:

"Pues desde el día en que fué ahorrado, los cristianos que consideran el caso como una desgracia común, pusieron todo en juego por libertarlo. Pero como esto era imposible, al menos le prestaron toda clase de servicios con un celo infatigable. Muy de mañana se veía ya en los alrededores de la prisión una muchedumbre de viejas, de viudas y de huérfanos. Los

de más categoría de entre ellos pasaban la noche con él, después de haber sobornado a los carceleros a precio de oro. Tomaban sus variadas cenas con aportamientos de todos...

Más aún: le llegaron comisiones de varias ciudades del Asia enviados por las comunidades cristianas para que le ayudaran, le defendieran ante el tribunal y le confortaran.

ES INCREIBLE LA PRONTITUD CON QUE OBRAN cuando en sus Comunidades se advierten casos parecidos... **NO ESCATIMAN NADA.** Su primer Legislador les persuadió que todos eran hermanos..."

Todos los cristianos del mundo formaban un gran pueblo, el "tertium genus", pueblo escogido, sin fronteras, marcado con la señal misteriosa pero indeleble, la "sfragis" de Cristo. CRISTO, Rey de reyes, había hecho de ellos, como dice el Apocalipsis, un REINO; eran la muchedumbre inmensa de toda tribu, nación y raza que vió Juan rodeando y aclamando al Cordero. (A-poc. 1. 4; 7, 9).

Los primeros apologistas cristianos, los valientes luchadores que salieron a combatir por sus hermanos y su fe al campo de las ideas, nos describen con pinceladas rápidas y coloristas, como partes emotivos de guerra, las notas distintivas de esta nueva Internacional cristiana.

En la carta a Diogneto, llamada la perla de la antigüedad se nos pintan así los cristianos:

"Los cristianos ni por sus prácticas, ni por su lengua, ni por sus costumbres se diferencian de los demás mortales. Pues ni tienen ciudades propias, ni usan lengua peculiar, ni llevan vida extravagante..."

Habitando ciudades, lo mismo griegas que bárbaras, conforme a la suerte de cada uno, y siguiendo en vestidos, alimentos y género de vida las costumbres de los naturales, presentan con todo el mundo entero un tenor de vida maravilloso, y por confesión de todos extraordinario...

Y para decírtelo en dos palabras: **LO QUE ES EL ALMA EN EL CUERPO, ESO SON LOS CRISTIANOS EN EL MUNDO. EL ALMA ESTA DIFUNDIDA POR TODOS LOS MIEMBROS DEL CUERPO: ASI LOS CRISTIANOS POR TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO.** Habita en el cuerpo el alma, pero no es del cuerpo. Los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo... Encerrada está el alma en el cuerpo, pero sostiene a éste; **TAMBIEN**

LOS CRISTIANOS ESTAN EN EL MUNDO COMO EN UNA CARCEL, PERO ELLOS SOSTIENEN AL MUNDO... TAL ES EL PUESTO DE GUARDIA EN QUE LES HA COLGADO DIOS Y NO LES ES LICITO DESERTAR" (Funk, 1, c. v. Epist. ad Diognet.)

¡Qué síntesis más honda y bellamente realista del puesto del cristianismo y los cristianos en el mundo. ¿Podrá alguna fuerza presentar un programa parecido, vivido además por millones de hombres hasta un grado de heroísmo más que humano, en un mundo totalmente enemigo, y que se había juramentado para destruirlos?... Los cristianos no desprecian al mundo, como los cínicos, y como les achacan los paganos.

Con su vida cristiana, con su oración, están en guardia permanente, puestos por el Señor, para rechazar al enemigo del mundo. Todo el mundo, las regiones más apartadas de la tierra son sus puestos de combate, donde montan guardia siempre tensa. Dios se lo manda, y sería una traición a Cristo el abandonar su puesto.

¡Cómo contrasta esta concepción de la vida con la defendida ahora por otra fuerza internacional, el comunismo. También para ellos el miembro del partido es el centro, el eje del mundo, pero un centro destructor. El odio al mundo, vivido con una virulencia que jamás conoció la historia es el elemento que amalgama la dispersión de sus fuerzas mundiales. Odio a todo lo que estorbe a su ideal. Quieren construir sobre un montón de ruinas. Para el cristiano el elemento unificador es el amor "A todos aman y de todos son perseguidos". Esta consecuencia ilógica es el pago del mundo a los que son sus mejores soldados.

El apologista Aristides los retrata también con rasgos certeros e infundibles:

"Son buenos, dulces, recatados, sinceros. Reina entre ellos mutuo amor... Si vienen peregrinos les dan hospitalidad, bajo su techo, gozando en ello como si fueran verdaderos hermanos, pues que se llaman así no por los lazos de la carne, sino por el vínculo de las almas"... (MG 91, 112).

Maravillosa Internacional trabada irrompiblemente con la misma fe, un amor mutuo hasta la muerte, vigorizada por la misma EUCARISTIA y plantada sobre la misma roca inmovible de Pedro. "Con ser muchos, escribe San Pablo, todos somos un pan, un cuerpo, ya que de un mismo pan participamos. (1 Cor. X, 17).

La Iglesia es entonces como uno de esos burgos medievales cobijados a la sombra del castillo señero... En torno a Cristo, cuya presencia era para los fieles la más viva y hermosa realidad, vivía la Iglesia su epopeya triunfal sobre la tierra. "Ecclesia una super unum" repetía frecuentemente San Cipriano. La Iglesia una sobre uno, CRISTO. "Cristo nos lleva a todos en Sí" repite el mismo Santo, y con él desde el enamorado del Salvador, Ignacio de Antioquía toda la tradición de la Iglesia griega.

El epitafio de Abercio en Roma es un himno a la universalidad y unidad de esta Internacional cristiana. En él se nos habla del "pueblo escogido que tenía un espléndido sello —la señal de Cristo—. . . "En todas partes me fué guía la fe, y me preparó en todas partes alimento, un pez de la fuente. . ."

La figura de Ignacio de Antioquía, el que lleva a Dios, en su itinerario de prisionero de su ciudad episcopal hasta Roma, es un camino de luz que ilumina los contornos radiantes pero un poco difuminados por los siglos, de aquella Internacional de amor.

A su paso por las calzadas imperiales se congregaban las Iglesias, que no le conocían sino por el título de testigo de CRISTO. Los fieles se desviven por el que es para ellos símbolo vivo de CRISTO. Las cartas del santo nos traen la brisa balsámica de aquellas primeras Comunidades cristianas, que aunque imperfectas y pecadoras, vivían el amor a Cristo y el Mandamiento nuevo con un empuje contagioso. Sus cartas son gritos de amor al Señor y exhortaciones ardorosas a mantener entre los fieles la unidad y caridad en CRISTO.

"Os saluda, escribe a los Romanos, mi espíritu y la Caridad de todas las Iglesias, que en mi viaje me han ido acogiendo, y no como a mero peregrino; pues las Iglesias que nada tenían que ver conmigo, en este viaje que en carne hago, se adelantaban a recibirme a cada una de las ciudades de mi tránsito. . ." (Funk 1, Ad Romanos IX, 263).

El Obispo San Cipriano, una de las figuras más destacadas de la primera Iglesia, convertido del paganismo a los 40 años y mártir de la fe en tiempo del emperador Decio, escribe así en el siglo tercero de la Iglesia:

"La Iglesia es una, pero se desarrolla en fecundidad por el crecimiento que le da su fecundidad. También los rayos del sol son numerosos; pero la luz es una; y las ramas de un árbol son numerosas, pero su fuerza es una

y le viene de la solidez de la raíz; y los arroyos se reparten por la abundancia del agua saliendo de un solo manantial, quedando su unidad intacta en su nacimiento. . . Arrancad del sol uno de sus rayos; la división no toca a su unidad. Cortad una rama del árbol; ésta no dará fruto. El arroyo aislado de la fuente se seca.

"Así la Iglesia derrama sus rayos por todo el mundo y sin embargo, es una la luz la que se difunde por todos los sitios, ni se rompe la unidad del cuerpo. . . Nacemos de ella, nos alimentamos con su leche, nos vivifica su espíritu. "Illius foetu nascimur, illius lacte nutrimur, spiritu eius animamur". (PL IV, 50).

"Dios es uno, Cristo es uno, la Iglesia es una, y el pueblo cristiano es uno en la solidez de un cuerpo solo, sólidamente formado por el vínculo de la unión". (PL IV, 473, 245).

Esta Internacional macizamente trabada y de riqueza maravillosa no queda destrozada, ni debilitada por las herejías ni los cismas. ¿Qué perjuicio recibe el sol porque se aprisione uno de sus rayos, o la fuente porque un arroyuelo disconforme se pierda en el desierto sediento? . . .

Esta unión canaliza la vida y las actividades de los cristianos dando un sentido comunitario a su vida. Este "vínculo de la unión" al que San Cipriano recurre con tanta frecuencia es un elemento esencial en la concepción cristiana de la primera Iglesia. Sin él no se puede entender, —y menos ahondar en ella— la rica y variada vida cristiana. Puede ser que influyera en ello, él que los cristianos se veían humanamente impotentes ante las colosales fuerzas enemigas, y como toda minoría perseguida y vigorosa se replegaran para concentrar sus esfuerzos en la lucha. La persecución aprieta las filas. . . Pero en cuanto nos adentramos un poco en los escasos documentos que nos transmiten la vida de las comunidades cristianas, nos sorprendemos al ver claramente que no se trata de una táctica, de la técnica de adaptación a los circunstancias, sino de algo fundamental, necesario en la Mística cristiana.

Observemos de paso en una cita de San Cipriano el sentido comunitario, universalista que da a la oración cristiana:

"Ante todo el Maestro de la Paz y Maestro de la Unidad no quiso que cada uno orara en privado, y para sí, pues no decimos: "Padre mío que estás en los cielos, ni dame hoy mi pan. . . La oración nuestra es públi-

ca y común, y cuando oramos no lo hacemos por uno, sino por todo el pueblo, porque **TODO EL PUEBLO SOMOS UNA COSA**. El Dios de Paz y el Maestro de la Concordia, que nos enseñó la unidad, quiso que cada uno orara por todos, así como **EL** llevó en **SI** a todos..." (PL III, 1.142).

Ya los profetas anunciaron esta universalidad de la Iglesia, que luego empiezan a realizar los apóstoles. Los Santos Padres interpretan en este sentido el salmo 79 en que el salmista pide socorro a Jahvé en favor de las tribus septentrionales de Israel:

"Sacaste la vid de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste a ella.

Le preparaste suelo, dió raíces y llenó la tierra.

Su sombra cubrió a los montes, y con sus ramas a los cedros del Líbano.

Extendió sus sarmientos hasta el mar y sus retoños hasta el río..." (Ps. 79).

San Pablo fué el que trazó en sus cartas las líneas directivas de esta Internacional. Sobre todo las escritas desde la cautividad están llenas de sentido universalista. "La Iglesia, escribe el P. Prat, estaba en plan de desarrollarse. Gracias a los esfuerzos de Pablo la unión entre las dos fracciones de la Iglesia, los judíos y los gentiles, se realizaba a ojos vistas. Nada obstaculizaba tanto esta unión como las últimas pretensiones de los judíos-cristianos, que ya no insistían sino en que quedara algo de la Ley, y la universalidad de la Iglesia, compuesta de pueblos tan diversos en cultura, costumbres, lengua, y que se despreciaban mutuamente..." (Prat. Theologie de San Paul, p. 327).

Había que vaciar todas esas divergencias, en un molde, en **CRISTO**, pues la Iglesia es el mismo Cuerpo Místico, animado del mismo espíritu, participando de la misma vida, aspirando al mismo fin, bajo el mismo Pastor y Jefe. Estas son las ideas que destacan más en las cartas de Pablo desde la cárcel mamertina.

Nadie está excluido de esta nueva Sociedad internacional. Todos pueden pertenecer a ella, romanos y bárbaros, griegos y judíos, libres y esclavos, hombres y mujeres. No hay en ella distinción de pueblos, jerarquías o sexo. Todos son iguales en Cristo. Todos forman el mismo Cristo Místico, y todos tienen la misma Cabeza, que es el Señor Jesús. (3) Gal. 3, 26-28; Col. 3, 11.

San Agustín condensa en frase atrevida y feliz estas ideas paulinas: "**TOTUS CHRISTUS CAPUT ET CORPUS**". ¿Cómo puede luchar Cristo contra Cristo?

CRISTO es el Jefe, la cabeza de este cuerpo maravilloso, en que cada miembro tiene su función particular y específica. "**El Cuerpo no es un solo miembro sino muchos**"... "**Si dijera el pie: Ya que no soy mano, no soy del cuerpo, dejará de ser en efecto del cuerpo?... Vosotros sois Cuerpo de Cristo y miembros de miembro...**"

Si Cristo es cabeza, el Espíritu Santo es el alma de este Cuerpo Místico. (Col. 2, 10; 1, 18; Efes. 5, 23; 4, 15).

Shou Yi es una joven universitaria china llevada a los tribunales como enemiga del pueblo y saboteadora. El juez impaciente después del largo interrogatorio le increpa furioso: ¿"Qué tenéis los católicos que siempre y todos respondéis lo mismo...? ¿"Qué organización secreta poseéis?" —"Sí, respondió ella, tenemos una organización secreta que se llama "Espíritu Santo". En Manchuria, y en Japón, y en Africa, y en América los católicos creen y dicen todos lo mismo, porque el mismo Espíritu Santo habita nuestro corazón y habla por nuestra lengua"...

Y en el firmamento esplendoroso de esta Internacional de amor brilla resplandeciente la **VIRGEN INMACULADA**, "**Ecclesiae totius portio maxima, portio optima, portio praecipua, portio electissima**, la "parte mejor, la mayor, la más importante, la más escogida, de toda la Iglesia". Ella es su corazón.

En un artículo próximo analizaremos la estructura de esta Internacional del Amor, y ahora, el alma henchida de gozo, revivamos la visión agustiniana al unísono triunfal y oceánico del himno grandioso entonado por la muchedumbre eucarística que en "mil carabelas" partió para **RIO DE JANEIRO**:

"Marchad en compañía de todas las naciones. Avanzad con todos los pueblos, hijos de la Paz, hijos de la única Internacional. Avanzad por el camino de la Caridad, y cantad mientras camináis. Así lo hacen los caminantes para aliviar la marcha... Cantad el "CANTICO NUEVO". Nadie cante cantos antiguos. Cantad los cantos de amor a vuestra Patria. Ninguno cante los cantos antiguos. CAMINO NUEVO CAMINANTES NUEVOS, CANTO NUEVO..." (Sermo 67, Maur. IV, 1.231).

JUAN M. GANUZA, S. J.